

150 AÑOS DE LA PUBLICACIÓN DE *UN HIVER À MAJORQUE*



© TONI CATANY

EN *UN HIVER A MAJORQUE*, PUBLICADO EN PARÍS EN 1841, GEORGE SAND HIZO UNA DURA CRÍTICA A LOS MALLORQUINES DE SU TIEMPO. PRONTO EL LIBRO HALLÓ UNA RESPUESTA DE INDIGNADA CONDENA.

GABRIEL JANER MANILA ESCRITOR



© TONI CATANY

Cuando llegaron a la isla, Frédéric Chopin y George Sand hacía sólo dos años que se conocían. Su primer encuentro había tenido lugar en 1836, les presentó el músico Franz Liszt, pero tardarían muchos meses todavía en vivir juntos, y el viaje a Mallorca, en noviembre de 1838, sería la confirmación pública de su relación amorosa, una relación que se prolongaría durante nueve años, entre 1838 y 1847, dos años antes de la muerte del gran músico, un día de otoño, en la casa número doce de la plaza Vendôme de París.

El inicio de la relación tuvo todos los síntomas de un amor exultante, apasionado y voluptuoso. Un amor delirante que les permitía transitar por caminos desconocidos y peregrinar más allá de las estrellas, arrastrados por la fuerza de la sensualidad y los sentimientos. La experiencia de Valldemossa cambió ese arrebatado amoroso. Unos pocos meses bastaron para Chopin dejara de ser el pianista brillante e irresistible para convertirse en un hombre marcado por la enfermedad, por el sufrimiento físico y la angustia que se manifiestan en sus *Preludios*. En los escritos de George Sand —si atendemos las 485 cartas que, entre 1836 y 1854, aluden a Chopin según la edición de Georges Lubin— la imagen del amante se modifica sensiblemente en el transcurso del primer año de relación amorosa y evoluciona desde el inflamado entusiasmo hasta el cansancio, pasando por la adoración maternal de la que habla en la *Histoire de ma vie*.

George Sand es extremadamente discreta cuando se trata de referirse a sus relaciones íntimas con Chopin. En una carta escrita el doce de mayo de 1847 a su amigo Albert Crzymala explica que, a partir de 1840, había vivido junto a él como una virgen: "*Vit comme une vierge avec lui*", aunque él protestaba por aquella situación y se quejaba del mal que le producían la privación y la abstinencia: "*lui il se plaint à moi de ce que je l'ai tue par la privation, tandis que j'avais la certitude de le tuer si j'agissais autrement*".

Desde Barcelona, al día siguiente de su llegada de regreso de Mallorca, el 15 de febrero de 1839, escribe en una carta a Charlotte Marliani: "*Il m'aime comme sa mère*", y un mes más tarde: "*J'ai trois enfants sur le bras*", desde Marsella, y en junio, vuelve a decir: "*Avant tout, je m'occuperai de la santé de cet être que j'ai adopté et qui est devenu pour moi un autre Maurice*". Habían ido a Mallorca con el deseo de prolongar la felicidad de una "*liaison*" que sospechaban efímera. El dilema que se presenta ante sus ojos es el de mantener la felicidad en el amor total, pero al precio de la salud, a costa de la vida del ser que ama, o reemplazar las felicidades sensuales y peligrosas por un sentimiento maternal y casto, hecho de ternura y devoción. Nunca sabremos exactamente lo que sucedió en la celda de la cartuja de Valldemossa. Ciertamente que en las cartas posteriores a marzo de 1839, cuando habla de Chopin, lo hace en estos términos: "Nuestro pequeño Chopin", "nuestro enfermo", "mi

pobre Chopin", "mi enfermo"... El impulso sensual ha dejado paso a un sentimiento menos apasionado, al tiempo que nos comunica una imagen frágil del músico.

En *Un hiver à Majorque*, publicado en París en 1841, George Sand hizo una dura crítica a los mallorquines de su tiempo, que podría concentrarse en las palabras que escribió en una carta dirigida a un amigo de Chopin: "Donde la naturaleza es bella y generosa, los hombres son avaros y malvados". En la crónica de su invierno en la isla llegó a escribir que el mallorquín es un salvaje que miente, insulta y roba, que no tendría reparo alguno en devorar el cuerpo de su compañero si ésta fuera una costumbre del país y que, atrapado en sus vicios, es tan odioso como un buey o un cordero porque, como esos animales, vive adormilado en la inocencia de la brutalidad.

El libro de George Sand encontró, pronto una respuesta de indignada condena. Josep M. Quadrado, en el último número de "La Palma" del 25 de abril de 1941, finalizaba su vindicación con estas palabras: "George Sand es el más inmoral de los escritores y madame Dudevant la más inmundada de las mujeres".

Había llegado a la isla y, tal vez, esperaba encontrar al buen salvaje rousseauniano, moralmente perfecto y feliz. No supo descubrir las razones por las que aquellos campesinos mallorquines, que tan mal les trataron, no eran los hombres naturales y buenos de los que hablaban los padres de la Revolución Francesa.

